

servirle y favorecerle, por ser natural de la mesma ciudad de Avila; y así, fué en su servicio á la ciudad de los Reyes, y estuvo allí hasta aquel día que arriba tenemos dicho que el Visorey determinó de despoblar aquella ciudad y retirarse á la de Trujillo; mandó á Melchior Verdugo que fuese delante para asegurar la ciudad y tener recogida la gente y armas que en ella hubiese, y para todo ello le dió muy bastantes comisiones; y teniendo ya embarcada Melchior Verdugo su ropa para se ir por mar, el mesmo día que se habia de hacer á la vela sucedió la prision del Visorey; y como se embarazaron los navíos de la manera que tenemos dicho, cesó su partida; por todo lo cual á Gonzalo Pizarro y sus capitanes les quedó muy gran odio con él; y así, fué Melchior Verdugo uno de los veinte y cinco que prendió el capitán Carvajal la primera noche que entró en los Reyes, cuando ahorcó á Pedro del Barco y á los otros que hemos contado, y por estas causas estuvo muchas veces en peligro de muerte; y aunque después le redujo en su gracia Gonzalo Pizarro, nunca fué tan enteramente, que no le quedase dél sospecha, aunque nunca tuvo espacio ni oportunidad para ejecutar en él lo que hacia en los otros, hasta que el capitán Carvajal se fué de Quito contra Centeno, que en el camino le quisiera haber en su poder, si él no se recogiera á sus indios de Caxamalea, que tenemos dicho; y en pasando Carvajal, se volvió á su casa á Trujillo, teniendo entendido que cada y cuando que Gonzalo Pizarro le pudiese haber ejecutaría en él el enojo que tenia; y así, determinó salir de la tierra, haciendo de camino alguna cosa señalada en contradiccion de la opinion de Gonzalo Pizarro; y esperando esta ocasion, comenzó á juntar en su casa la mas gente que podia, y comprar secretamente armas, y á un herrero que tenia dentro en su casa hizo hacer algunos arcabuces y algunas cadenas y grillos y otras prisiones; y estando esperando la oportunidad, sucedió que un navío que bajaba de Lima surgió en el puerto de Trujillo, y luego Melchior Verdugo envió á llamar al maestro y piloto dél so color que queria cargar cierta ropa en él y maíz para enviar á Panamá, y ellos vinieron luego, y metiéndolos en lo interior de sus aposentos, los hizo llevar á una cámara honda y oscura que para aquel efecto tenia preparada; y dejándolos allí, se subió á su aposento, y envendándose las piernas, fingió que estaba malo de ciertas verrugas que solia tener en ellas, y desde la ventana de su posada, cerca de la cual se juntaban los alcaldes y otros vecinos cada día, porque era en una esquina de la plaza, cuando los alcaldes vinieron les rogó que subiesen á su aposento para hacer ciertos autos ante ellos, pues él no podia bajar por su indisposicion; y habiendo subido con el escribano, los metió poco á poco hasta la pieza donde tenia presos al maestro y piloto, y allí les quitó las varas y los echó en una cadena, y se tornó á su aposento, dejando guardada la puerta de la prision con seis arcabuceros; y tornando á la ventana, en viniendo cada vecino le llamaba fingiendo que queria tratar con él algun negocio, y en subiendo le metia en la prision, sin que ninguno de los que venian supiese de los que antes estaban presos; y así, en pocas horas tuvo en su poder hasta veinte personas, que eran los principales de la ciudad, porque á

todos los demás habia llevado consigo Gonzalo Pizarro á Quito. Y dejándolos á recaudo, salió con cierta gente por el pueblo, apellidando la voz del Rey, y algunos que se le defendieron los prendió, y entrando á los presos, les dijo la queja que dellos tenia por haber seguido la opinion de Gonzalo Pizarro, y que él habia determinado, por salir de su tiranía, irse de la tierra en busca del Visorey, y llevarle toda la gente y armas que pudiese, y que para los juntar tenia necesidad de dineros; por tanto que ellos le ayudasen cada uno como pudiese, pues era justo que contribuyesen en algo para el servicio de su majestad, pues tantas veces lo habian hecho para el de Gonzalo Pizarro, y que cada uno escribiese lo que podia dar, con presupuesto que lo habia de dar luego; donde no, que los llevaria consigo presos; y así, cada uno se escribió en cierta cantidad, la cual pagaron luego; y concertándose con el maestro, aderezó y proveyó el navío, llevando los presos hasta la mar en carretas con sus prisiones, se embarcó con hasta veinte soldados, habiendo recogido gran copia de dineros, así del empréstito de los vecinos como de la caja del Rey y de su propia hacienda, que era hombre rico. Y salido del puerto, dejando en los carros los presos, se fué por la mar costeando, y topó con un navío en que traian al capitán Bachicao gran cantidad de ropa, de la que él habia robado en Tierra-Firme, el cual lo metió á saco y lo repartió entre sí y sus soldados; y aunque algunas veces quiso ir á la Buena Ventura, para entrar por allí en busca del Visorey, no la tuvo por segura jornada, atenta la poca gente que llevaba, porque temió encontrar con el armada de Gonzalo Pizarro; y así, mudando propósito, se fué á la provincia de Nicaragua; y saltando en tierra, dió noticia de su jornada á los gobernadores de la provincia, pidiéndoles socorro para su defensa; y visto el mal aparejo que allí halló para ello, se fué á la audiencia de los confines de Nicaragua, donde pidió al Presidente y oidores la mesma ayuda y favor; y ellos se la prometieron, y enviaron á hacérsela dar al licenciado Ramirez de Alarcon, oidor de aquella audiencia, el cual fué á Nicaragua y apercibió á los vecinos para que estuviesen prestos con sus armas y caballos. Ya en este tiempo se tuvo noticia en Panamá de lo que Verdugo habia hecho en Trujillo, y cómo habia ido la vuelta de Nicaragua; y temiendo Hinojosa no juntase gente y le hiciese alguna contradiccion con ella, envió á Juan Alonso Palomino con dos navíos, y en ellos ciento y veinte arcabuceros, y con ellos fué á la costa de Nicaragua, y topando el navío de Verdugo, se apoderó dél; y queriendo saltar en tierra, halló juntos los vecinos de las ciudades de Granada y Leon, que son los principales pueblos de aquella provincia, y con ellos al licenciado Ramirez y al mesmo Verdugo, que le resistieron la entrada. Y viendo Juan Alonso Palomino que los enemigos le eran superiores, así en número de gente como en tener caballos para correr la tierra, determinó estarse quedado en la mar; y allí se detuvo algunos dias, esperando oportunidad para hacer algun salto; y como no la halló, llevando consigo algunos navíos, y quemando los otros que no pudo llevar, se volvió á Panamá; y Melchior Verdugo, teniendo en su compañía hasta cien hombres bien aderezados, y considerando que toda la

fuerza de Hinojosa estaba en Panamá, y que si alguna gente tenia en el Nombre de Dios seria poca, y descuidado que por aquella via le pudiese venir contraste ninguno; y así, determinó de hacer en ellos un asalto, y aderezando tres ó cuatro fragatas, se embarcó en ellas con su gente y se fué por el desagadero de la laguna de Nicaragua á salir á la mar del Norte, y antes que llegase al Nombre de Dios, en la boca del rio Chagre, tomó de un barco ciertos negros ladinos, de que se informó particularmente de todo lo que en el Nombre de Dios pasaba, y de la gente y capitanes que allí estaban y adónde posaban; y guiándole alguno de los negros, á la media noche saltó en tierra y se fué derecho á la casa de Juan de Zavala, donde posaban los capitanes don Pedro de Cabrera y Hernan Mejía con algunos soldados, los cuales, al ruido de la gente, despertaron y se pusieron en defensa de la casa; y viendo aquello los soldados de Verdugo, pusieron fuego en ella y se quemó, hasta que llegando el fuego á una escalera que defendia Hernan Mejía con algunos soldados, les fué forzado salir rompiendo por medio de los enemigos; y así, salieron con harto peligro, ayudándoles la oscuridad de la noche á salvar las vidas, y se fueron á pié camino de Panamá, y estuvieron escondidos en una espesura de montes hasta que tuvieron aparejo para irse á Panamá, donde contaron á Hinojosa todo lo que pasaba; lo cual él sintió mucho, y determinó vengarse, dando color á la venganza con título jurídico; y esto fué, que ciertos vecinos del Nombre de Dios se quejaron al doctor Ribera, que allí era gobernador, encareciéndole la entrada de Verdugo en su jurisdiccion sin traer título ni provision para ello, y que por su propia autoridad habia cobrado dineros, y tenia presos los alcaldes y asonada y alborotada la ciudad, pidiéndole que él en persona lo fuese á castigar; y ofreciéndose Hinojosa de ir con su gente á le dar favor y ayuda para el castigo, pues tenia necesidad de gente de guerra que le favoreciese; y rescibiendo juramento y pleitomenaje de Hinojosa y sus capitanes que no saldrian de su mandado y le obedescerian como su general, y poniendo la gente en orden, se partió de Panamá; lo cual sabido por Melchior Verdugo, asimismo puso en orden su gente y hizo aderezar los vecinos con sus armás; y hecho un escuadron en la plaza de Nombre de Dios, determinó aguardar los enemigos; aunque después, viendo la poca gana que mostraban de pelear los vecinos, y que si la batalla se daba en la plaza se le meterian por las casas y le dejarian en peligro, acordó sacar su gente al campo cerca de la mar, donde hizo traer sus fragatas, y tomando por fuerte ciertos barcos que allí en la playa estaban varados aguardando á Hinojosa, el cual lo acometió, y se comenzó la batalla, y de las primeras rociadas murió alguna gente, y entre ellos personas señaladas. Viendo los vecinos del Nombre de Dios que estaban con Verdugo cómo venia por general de sus contrarios el doctor Ribera, su gobernador, se fueron retrayendo todos á un arcabuzo que estaba junto á ellos, y los soldados de Verdugo, por detener á los vecinos, se desbarataron, por manera que á Verdugo le fué forzado retraerse á sus fragatas, y entrándose por el agua, se metió en una dellas y se acogió á los navíos que estaban

en la mar del Norte; y tomando el mayor dellos, lo armó con la artillería de los otros y comenzó á dar batería al pueblo, aunque por estar muy hondo no podian coger las casas desde la mar; y visto aquello, y que faltaban bastimentos, y que la mayor parte de su gente se le habia quedado en tierra, se retiró con sus fragatas y con aquel navío al puerto de Cartagena, para esperar oportunidad para dañar al enemigo. El doctor Ribera y Hinojosa, habiendo pacificado el pueblo del Nombre de Dios, y dejando en el agua mas guarnicion de la que de antes habia, con los mesmos capitanes don Pedro de Cabrera y Hernando Mejía, ellos se volvieron á Panamá, aguardando lo que de España su majestad proveeria.

## CAPITULO XXXIV.

De cómo el Visorey se rebizo de gente y vino á Quito, y dió la batalla á Gonzalo Pizarro, en la cual fué vencido y muerto.

Después que el Visorey llegó á Popayan (como está contado), proveyó que se trajese allí todo el hierro que se pudo haber en la provincia, y buscó maestros y hizo aderezar fraguas, y en breve tiempo se forjaron en ellas docientos arcabuces con todos sus aparejos; y demás desto, se pertrechó de armas y de las otras cosas necesarias para la guerra. Y sabido que el gobernador Benalcázar habia enviado un capitán suyo, muy valiente y práctico en las cosas de la guerra, llamado Juan Cabrera, que con ciento y cincuenta hombres conquistase una provincia de indios que estaba de guerra la tierra adentro, despachó mensajeros con cartas, en que le hacia saber muy por extenso todas las cosas que le habian sucedido desde que entró en el Perú, y la tiranía y alzamiento de Gonzalo Pizarro, y cómo le habia echado de la tierra, y que estaba determinado que, en teniendo ejército conveniente para ello, le iria á buscar; por tanto, le rogaba con toda la instancia posible que luego á la hora se viese con su gente allí á Popayan, adonde estaba, á se juntar con él para que ambos se fuesen la via de Quito en busca del tirano, encareciéndole el grande y señalado servicio que á su majestad se haria en aquella jornada, y cuán mas fructuosa seria (cuanto al interese) que el descubrimiento en que él andaba, pues sucediéndoles los negocios de suerte que Gonzalo Pizarro fuese deshecho, se habia de repartir la tierra que él y sus secaces poseian, y les prometia de dar de comer en la mejor parte della á él y á su gente; haciéndole asimismo saber cómo por la otra parte del Perú se habia alzado por su majestad Diego Centeno, y la mucha gente que se le iba juntando cada día; y que haciéndole contradiccion por la otra parte, no podia dejar de rescebir gran detrimento Gonzalo Pizarro, de cuyas tiranías y extorsiones estaban tan cansados los vecinos de la tierra, que con cualquier ocasion se levantarian contra él; y para que de mejor voluntad la gente viese, le envió comision para que de las cajas de su majestad de Cartago y Ancelma y Cali y Antioquia y otras partes pudiese tomar hasta treinta mil pesos de oro, y hacer con ellos socorro á los soldados; y demás destes recaudos, hizo que el gobernador Benalcázar, como superior suyo y que le habia enviado á la conquista, le escribiese mandándole luego venir. Y rescebidos por Juan Cabrera todos estos

despachos, tomó luego los treinta mil pesos de la comision, y repartiéndolos entre sus soldados, con ellos acudió á Popayan y se juntó con el Visorey, que serian hasta cien soldados medianamente aderezados, y allende desto, el Visorey envió sus despachos al nuevo reino de Granada, al mesmo tenor que los de Juan Cabrera, y otros á la provincia de Cartagena, pidiendo de todas partes socorro; y así, cada día se le iban juntando gentes; y en este tiempo supo la prision de su hermano Vela Nuñez y el desbarato de Juan de Illanes y de su gente; por manera que ya no esperaba socorro de ninguna parte. Y en esta sazón Gonzalo Pizarro deseaba haber á las manos al Visorey, no teniendo hora de seguridad mientras él fuese vivo y tuviese ejército; y para le incitar á que le viniese á buscar inventó un ardid; y este fué, que echó fama de quererse ir la tierra adentro hácia la provincia de los Charcas, á apaciguar el alzamiento de Centeno, y dejar allí en Quito al capitán Pedro de Puelles con hasta trecientos hombres que estuviesen en frontera contra el Visorey. Y esta fama la puso en ejecución, escogiendo entre su gente y nombrando los que habian de ir y los que habian de quedar, y dando socorros á los unos y á los otros; así, de hecho se partió, haciendo alardes del campo que iba y del que quedaba, lo cual proveyó que viniese á noticia del Visorey por medio de una espía del Visorey que allí habia enviado para que le avisase de lo que pasaba; la cual se descubrió á Gonzalo Pizarro, y le manifestó la cifra que para esto traía; por lo cual le escribió todas estas nuevas. Y tambien hizo que Pedro de Puelles escribiese á ciertos amigos suyos de Popayan, diciéndoles cómo él quedaba allí con trecientos hombres, con los cuales entendia resistir al Visorey, por mucha gente que trujese; y estas cartas envió de suerte que fuesen tomadas por las guardas del Visorey, y sobre todo esto se enviaron indios que habian estado presentes al tiempo de los alardes, y vieron partir á Gonzalo Pizarro, y contaron la gente que dejó; caso que Gonzalo Pizarro se detuvo dos ó tres jornadas de Quito, fingiendo enfermedad por no pasar adelante. Rescebidos por el Visorey estos avisos, considerando la ventaja que tenia á Pedro de Puelles, y que ya no esperaba ningun socorro de ninguna parte, determinó partirse de Popayan la vía de Quito, sin que en todo el camino pudiese saber nueva alguna de Gonzalo Pizarro y de su gente, por el gran recado que tenia puesto por los caminos y atajados todos los pasos, así para cristianos como para indios, caso que él tenia cada día nuevas de las jornadas que el Visorey hacia, y dónde y cómo llegaba, por vía de los indios cañares, que son muy cursados en toda la tierra; y así, cuando le pareció tiempo se vino á Quito á juntar con Pedro de Puelles, y con ambos campos salieron de la ciudad en busca del Visorey, que estaba en Otobato doce leguas de Quito; de lo cual Gonzalo Pizarro mostraba gran contentamiento, aunque tenia relacion que traía ochocientos hombres, porque siempre se lo decian así, y aun cuanto mas se iba acercando le crecía el número del ejército; pero él tenia gran confianza en los suyos, así por ser los principales de la tierra, como por haber sido victoriosos tantas veces y por ser gente experimentada en las cosas de la

guerra, y en todos aquellos dias siempre les decia la razon que tenia para seguir aquella empresa, por haber conquistado la tierra él y sus hermanos; y contándoles las crueldades que el Visorey habia hecho, así en la muerte del factor Illan Suarez como en sus mismos capitanes; y cómo, después de haber sido desterrado por los oidores, y haberlo enviado á dar cuenta á su majestad, no solamente no habia querido ir, mas aun andaba alterando la tierra y habia hecho gente en jurisdiccion extraña y otras cosas desta calidad, para indignar su gente contra el Visorey; y así, todos se ofrescieron con buen ánimo de ir contra él y darle la batalla, unos por el interés que pretendian en que no se ejecutasen las ordenanzas, y otros su propia venganza, y otros por miedo que tenian al Visorey, por haberse hallado siempre contra él, y los mas por el temor que tenían de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, porque le habian visto ahorcar mucho número de gentes por mostrar tibieza en su servicio. Y así, mandó ordenar su gente y asentarla por lista en sus compañías, y halló tener ciento y treinta de caballo muy bien aderezados, y docientos arcabuceros y trecientos y cincuenta piqueros, que serian por todos setecientos hombres. Tenia muy gran cantidad de pólvora bien refinada; y desta manera, sabiendo que el Visorey habia asentado el real dos leguas de la ciudad de Quito, junto al rio, salió con toda su gente de la ciudad, llevando por capitanes de arcabuceros á Juan de Acosta y á Juan Vélez de Guevara, y por capitán de piqueros á Hernando Bachicao, y por capitanes de caballo á Pedro de Puelles y Gomez de Albarado, y no hubo maestre de campo en esta batalla. Hizo sacar Gonzalo Pizarro su estandarte, debajo del cual iban setenta hombres de caballo; y así, se adelantó á tomar un paso que estaba en el rio, donde pensó desbaratar al Visorey, sábado á 13 de enero del año de 46. Y desta manera estuvieron allí aquella noche, teniendo muy gran recado en su real, y el Visorey tenia asentado el suyo tan cerca dellos, que se llegaron á hablar los corredores de ambas partes, llamándose traidores los unos á los otros, fundando que cada uno sustentaba la voz del Rey; y así estuvieron toda aquella noche aguardando. Y demás de los capitanes que arriba hemos dicho que traía Gonzalo Pizarro, venia con él el licenciado Benito Suarez de Carvajal, hermano del factor Illan Suarez de Carvajal, el cual habia venido de la ciudad del Cuzco desde los principios de la guerra, huyendo de Gonzalo Pizarro, para se juntar con el Visorey; y llegando veinte leguas de los Reyes, supo la muerte de su hermano; y así, se detuvo sin osar entrar en la ciudad hasta que supo que el Visorey era preso y embarcado, y después Gonzalo Pizarro le prendió y tuvo á punto de degollalle, y cuando hubo de ir á la guerra de Quito le redujo en su gracia, y le aceptó ir la jornada en venganza de la muerte del factor, su hermano, llevando consigo hasta treinta personas, todos parientes y criados suyos, por compañía aparte, de que se nombraba capitán.

## CAPITULO XXXV.

De cómo rompió la batalla de Quito.

Sabiendo el Visorey en un pueblo que se llama Tuza (que es veinte leguas antes de llegar á Quito) cómo Gonzalo Pizarro estaba allí con ejército de ochocientos hombres, caso que no lo descubrió sino á solos sus capitanes, dió la orden que se habia de tener en pelear. Y cuando llegó al pié de la cuesta donde estaba Pizarro determinó acometerle por la retaguardia, yendo por otro camino diferente del que el enemigo guardaba; lo cual se creia que fuera de grande efecto, porque los arcabuceros y la fuerza de los de Pizarro estaban sembrados por aquella cuesta hácia el camino por donde creian que habia de venir el Visorey; y en la retaguardia estaba la caballería muy sin recelo de acometimiento, y para este efecto el Visorey se habia alojado tan cerca de los enemigos como está dicho. Y dejando á prima noche su campo y tiendas y perros y indios como antes estaban, con muchos fuegos, por descuidar los enemigos, él con toda la gente se partió muy sin ruido por aquel camino oculto, en que le informaron que habria cuatro leguas, aunque, como habia dias que no se hollaba, estaban en él tan malos pasos, que le amanesció primero que pudiese hacer el efecto que pensó. Y viendo que estaba una legua de su contrario, y que no podia dar en él sin ser sentido, acordó ir á la ciudad de Quito para juntar consigo algunos servidores de su majestad que habrian buscado ocasiones para no ir con el tirano, y recoger las armas que él allí hubiese dejado; y llegada la gente á la ciudad, supieron estar en el campo Gonzalo Pizarro, que era lo que con tanta diligencia se les habia encubierto. A la mañana los corredores de Pizarro, yendo á correr y no viendo ruido en el real del Visorey, entraron dentro, y sabiendo de los indios lo que pasaba, dieron noticia dello á Pizarro, y poco después supo cómo estaba en Quito, para donde caminó con gran priesa, con intento de darle la batalla do quier que le topase. El Visorey, caso que vió la gran ventaja que el enemigo le tenia, determinó con grande esfuerzo poner el negocio á riesgo de batalla; y así, salió á dársela fuera de la ciudad, y fué marchando con su campo tan animosamente como si tuviera cierta la vitoria. Los capitanes de su campo fueron don Alonso de Montemayor, de la compañía del estandarte real, al cual mandó el Visorey que todos obedeciesen aquel día. Fueron capitanes de caballo Cepeda y Bazan; fué alférez general Ahumada; fueron de pié Sancho Sanchez de Avila, Francisco Hernandez Jiron y Pedro de Heredia y Rodrigo Nuñez de Bonilla; fué maestre de campo Juan Cabrera, que peleó á pié. Todos los principales suplicaron al Visorey que no rompiese, como queria, en los delanteros, y que se quedase atrás con quince de caballo, para socorrer en la mayor necesidad; pero al tiempo que los escuadrones se acercaron para romper, él se puso al lado de don Alonso delante del estandarte; y iba en un caballo rucio crescido, llevaba una ropeta de telilla blanca de indios, con unas cuchilladas largas, por donde se descubrian unas coracinas de raso carmesí con franjas de oro. Y viéndose ya junto á los enemigos, dijo á su gente: «Ca-

balleros, bien veo que teneis ánimo para ponérmele á mí, y en esto haceis lo que debéis á quien sois; y por tanto, no os quiero decir otra cosa, pues sois tan leales á vuestro rey, sino que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa;» y luego arremetieron él y don Alonso y Bazan, que iban una pieza delante el escuadron hácia la parte donde estaba el licenciado Carvajal, el cual les salió al encuentro. Tambien Gonzalo Pizarro se quiso poner en el avanguardia, y los suyos le hicieron poner con siete ó ocho de caballo al un lado del escuadron. Llegó la caballería á romper las lanzas y pelear con hachas y porras y estoques. La caballería del Visorey rescibió gran daño de una manga de arcabuceros. El Visorey derribó del caballo á Montalvo, y á él le encontró Hernando de Torres, y después le dió un golpe en la cabeza con una hacha, que le aturdió y dió con él en tierra, porque él y su caballo andaban tan cansados del trabajo de aquella noche, en que habian siempre caminado sin comer ni dormir, que no hubo mucha dificultad en derriballe. A esta hora la infantería estaba trabada con tantas voces y ruido, que parecia mucha mas gente, y de los primeros golpes fué muerto Juan Cabrera. Sancho Sanchez de Avila acometió al escuadron yendo delante los suyos con un montante en la mano, y hizolo tan valerosamente, que habia rompido hasta la mitad del escuadron; pero, como la gente de Pizarro era mucha mas en número, le rodearon por todas partes, hasta que le mataron á él y á los mas de los suyos. Y aunque todavía la batalla andaba bien reñida entre la infantería, en viendo caido al Visorey, los de su parte aflojaron y fueron vencidos, y mucha parte dellos muertos. Andando en este tiempo el licenciado Carvajal discurriendo por el campo, halló que el capitán Pedro de Puelles queria acabar de matar al Visorey, aunque él estaba ya sin sentido y casi muerto de la caída y de un arcabuzazo que le habian dado. Y Carvajal le hizo cortar la cabeza, diciendo que era en satisfacion de la muerte de su hermano, que diz que era el fin de aquella su jornada, y no por seguir á Pizarro. Hecho esto, Gonzalo Pizarro mandó tocar las trompetas para recoger, porque andaba la gente detramada siguiendo el alcance, en el cual y en la batalla fueron muertos, de la parte del Visorey docientos hombres, poco mas ó menos, y de parte de Pizarro siete. A los muertos hizo enterrar, echando siete ó ocho en cada hoyo. Mandó llevar á Quito los cuerpos del Visorey y Sancho Sanchez, y hizolos enterrar con gran solemnidad, yendo él al enterramiento y poniendo luto por ellos; y dende á pocos dias hizo ahorcar otras diez ó doce personas que se habian escondido por iglesias y otras partes. El licenciado Alvarez salió herido de la batalla, y lo mismo el capitán Benalcázar y don Alonso de Montemayor. Y queriendo Pizarro cortar la cabeza á don Alonso, hubo personas en su campo que rogaron por él, por ser muy bienquisto, haciendo entender á Pizarro que no podia escapar de las heridas, caso que después Gomez de Albarado avisó á él y á Benalcázar cómo tenia acordado de matarlos con ponzoña, por lo cual hacian tener gran recaudo y aviso en las medicinas y mantenimientos que les daban; y por no poder prevenir en esto al licenciado Alvarez, porque posaba en casa del

licenciado Cepeda, se tuvo por cierto que le dieron ponzoña en una almadrada, de que murió. Viendo Pizarro que no había podido salir con su intento en lo que tocaba á don Alonso, y no teniendo esperanza de traerle á su amistad, acordó desterrarle para Chili, que era mas de mil leguas de allí, y con él á Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero de Quito, y á otros siete ó ocho que siempre habían seguido al Visorey y hallábase de su parte en todas las batallas, á los cuales no quiso matar, porque hubo muchos que rogaron por ellos, ni tampoco se fió de tenerlos consigo ni se contentó de desterrarlos del Perú, porque en todas partes le podían hacer daño; y así, acordó de desterrarlos para Chili, y encomendólos á un capitán llamado Antonio de Ulloa, que enviaba á Chili con gente; y habiéndolos llevado mas de cuatrocientas leguas por tierra, y muchos dellos á pié y sin acabar de sanar las heridas, acordaron entre sí de dar sobre el capitán que los llevaba y en su gente, y morir ó alcanzar libertad. Y encomendándose á Dios, acometieron el hecho con tanto ánimo, que les sucedió conforme á su deseo, y prendieron á Antonio de Ulloa y á los mas de los que con él iban; y poniéndolos don Alonso á recado, envió cuatro de los de su compañía al mas cercano puerto, de donde aconteció este hecho, y hallaron un navío, el cual tomaron con la buena maña y órden que sobre ello se dieron, aunque no les faltó contradicción, porque dentro dél había personas y soldados secacas de Gonzalo Pizarro y de su opinión; y avisando á don Alfonso de lo que pasaba, él y los de su compañía, dejándolos presos en tierra, se acogieron al navío, y comenzaron á navegar sin piloto ni marineros que supiesen la navegacion, y con grandes trabajos fueron á la Nueva-España. Demás desto, envió al capitán Guevara con cierta gente á la villa de Pasto á traer presos algunos de quien tenía enojo, y dellos ahorcó uno, y los demás desterró. Perdonó á Benalcázar con pleitomenaje que le hizo de favorecerle siempre, y dióle cierta gente de la que había traído, con que se volviese á su gobernacion. Recogió toda la gente del Visorey que pudo haber de los que se escaparon de la batalla, á los cuales propuso la razon que tenia de estar dellos quejoso; pero que él les perdonaba, atento que habían venido allí, los unos engañados y los otros forzados, prometiéndoles que si le seguían y hacían su deber, los ternia en el mismo lugar y reputacion que á los demás que habían andado con él, y les haria igual gratificacion; y así, los mandó quedar en su campo, prohibiendo que nadie los maltratase de obra ni palabra, aunque siempre se tuvo

dellos algun recelo. Despachó mensajeros por todas partes, haciendo saber la victoria, para animar los suyos y confirmar su tiranía. Despachó el capitán Alarcon en un navío, que llevase la nueva del vencimiento á Hinojosa, y á la vuelta trajese á Vela Nuñez y á los que con él estaban presos. Algunos paresceres hubo que enviase su armada por las costas de Nueva-España y de Nicaragua á quemar y recoger todos los navíos que allí hubiese, por quitar cualquier aparejo de ser acometido por mar; haciendo después recoger toda la armada á la ciudad de los Reyes, porque viniendo despacho de su majestad á Tierra-Firme, y no hallando allí en qué ni cómo los pasar al Perú, lo tenían por bastante torcedor para hacer los partidos muy á su ventaja; pero, atenta la confianza que tenia Gonzalo Pizarro de Hinojosa y los que con él estaban, y la soberbia que le había quedado con la vitoria del Visorey, le pareció no mostrar aquella flaqueza, porque entendia poder resistir abiertamente cualquiera contradicción que se le hiciese; y así, se partió Alarcon y hizo su viaje, trayendo los presos, y con ellos al hijo de Gonzalo Pizarro, y cerca de Puerto-Viejo ahorcó á Sayavedra y á Lerina, que eran dos soldados principales entre los presos, por ciertas palabras escandalosas que supo que habían dicho, y también quiso ahorcar á Rodrigo Mejía, el cual salvó el hijo de Gonzalo Pizarro, diciendo que aquel le trataba con muy buena crianza y comedimiento. A Vela Nuñez llevó á Quito, donde Gonzalo Pizarro le perdonó todo lo pasado, amonestándole que en lo por venir estuviese muy sobre el aviso, porque cualquiera sospecha le sería muy peligrosa; y así, le traía consigo con alguna libertad, y le llevó cuando se fué á la ciudad de los Reyes. En toda esta jornada siguió y acompañó á Gonzalo Pizarro el licenciado Cepeda, oidor, al cual sacó de la ciudad de los Reyes á efecto de deshacer la audiencia real; porque, de cuatro oidores que había, el licenciado Alvarez fué con el Visorey, y al doctor Tejada envió á España (como está dicho); y llevando consigo á Cepeda, el licenciado Zárate solo no podía hacer audiencia, cuanto mas que estaba siempre enfermo, y se tenia dél alguna mas confianza que antes, después que Gonzalo Pizarro le tomó casi por fuerza una hija suya y la casó con Blas de Soto, su hermano, aunque á la verdad el licenciado Zárate siempre estuvo muy entero en el servicio de su majestad, caso que hacia algunos cumplimientos con el tirano, necesarios á la opresion del tiempo.

## LIBRO SEXTO.

QUE TRATA DE LA IDA DEL LICENCIADO DE LA GASCA AL PERÚ, Y CÓMO VENCÍO Á GONZALO PIZARRO, Y APACIGUÓ LA TIERRA.

## CAPITULO PRIMERO.

De cómo el capitán Carvajal siguió su camino contra Diego Centeno, y le venció en diversas partes.

Ya se hizo relacion en el libro pasado cómo el capitán Carvajal salió del Cuzco con trecientos hombres y con mucho número de caballos y arcabuces y otras armas, y caminó por el Collao la via de la provincia de Paria, donde estaba Diego Centeno con hasta docientos y cincuenta hombres, el cual cuando supo su venida le aguardó con determinacion de darle la batalla. Pues llegado Carvajal dos leguas de Paria, Diego Centeno alzó su real, y se pasó algun trecho de la otra parte de Paria junto al rio, porque le pareció mas conveniente sitio. El capitán Carvajal asentó su campo en el mismo tambo de Paria, una legua del enemigo, y Diego Centeno el dia siguiente envió quince arcabuceros en muy buenos caballos para que representasen la batalla; los cuales corrieron hasta llegar un tiro de piedra de Carvajal, y allí se hablaron los unos á los otros, y los corredores le dijeron que Diego Centeno estaba presto de darles la batalla, en nombre de su majestad, y que si el capitán Carvajal se queria reducir á su real servicio, todos estarian al suyo, y que mirase el mal título que traía. Carvajal estaba delante los suyos riéndose mucho de lo que decían; y luego se comenzaron á decir palabras descomedidas, llamándose traidores los unos á los otros, y soltando los arcabuces, dieron una vuelta al real, y reconocieron la gente que podía haber; y con tanto, se tornaron. Esto fué viernes de la Cruz del año de 546. Luego Carvajal alzó su campo y fué marchando hácia sus enemigos, los cuales acordaron alzar su real y irle á asentar aquella noche donde Carvajal no los pudiese alcanzar, con intento de no esperar batalla rompida, sino darles armas y asaltos de noche; porque tenia relacion del descontento que traía la mas de la gente de Carvajal, y que de aquella manera se les pasaria muy á su salvo, y le dejarían el campo sin riesgo de batalla, dudando del suceso della por los muchos arcabuces que Carvajal traía, aunque ellos le tenían gran ventaja en la gente de caballo; aunque esta determinacion no fué del parecer de Diego Centeno, porque él quisiera dar la batalla, salvo que, como todos los vecinos de la villa de la Plata que con él venían fueron de opinion contraria, determinó seguirlos, aunque siempre con presupuesto de no rehusar la batalla viniendo en ocasion; y así, caminó aquel dia y noche quince leguas, siguiendo siempre sus pisadas Carvajal con la misma priesa; y asentó su real cuanto mas cerca pudo de sus contrarios, poniendo aquella noche guardas de gran confian-

za; y á la media noche vinieron de parte de Diego Centeno ochenta de caballo á darles arma, y les tiraron muchos arcabuces, y Carvajal ordenó su gente y la tuvo toda la noche en escuadron, sin consentir que ninguno se demandase, porque él también temia que se le habían de huir algunos. Y desta manera pasó aquella noche, sin que ninguno se le pasase. Y á la mañana Diego Centeno levantó su real, y caminó aquel dia diez leguas con la misma priesa que solía; y Carvajal le iba siguiendo sin perderle punto, y alcanzó en el camino un hombre que se había quedado cansado, y le ahorcó, jurando que á todos cuantos topase había de hacer lo mismo. Y así, le siguió hasta llegar al mismo asiento de Paria, de donde Diego Centeno se volvió á la via del Collao, siguiéndole siempre Carvajal con mas priesa que se sufre llevar gente de guerra, porque aconteció caminar algunos dias doce ó quince leguas, siempre á vista los unos de los otros, hasta que llegaron á Hayobayo, donde el capitán Carvajal alcanzó doce hombres de Diego Centeno y los ahorcó todos juntos, y pasó adelante; y como las jornadas eran tan demasiadas, á los unos y á los otros se les quedaba gente escondida y cansada. Y viendo Diego Centeno que ya no era parte para resistir á Carvajal, quejándose siempre de sus capitanes y amigos por no le haber dejado dar la batalla cuando él queria; y viendo que ya toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro, enderezó la via de la mar á la costa de Arequipa, enviando delante al capitán Rivadeneyra, para que si hallase algun navío por la costa le tomase por dinero ó por engaño, y le trajese á Arequipa, para embarcarse en él en llegando. El cual por gran ventura halló un navío que iba á Chili, y entrando de noche en una balsa, fácilmente le tomó, y iba bien proveido de matotaje. Diego Centeno llegó en este tiempo á Arequipa, y poco menos de dos dias después llegó Carvajal; y Diego Centeno estaba esperando el navío, y viendo que no venia nueva dél, y que el enemigo se le acercaba y él no se hallaba con mas de ochenta hombres, determinó derramar aquellos, y él con solos dos amigos se fué á los montes y se escondió en una cueva, donde estuvo sin que pudiese ser hallado hasta la venida del licenciado de la Gasca, dándole de comer el cacique cuya era la tierra por su persona, sin descubrirlo á nadie. Carvajal llegó á la costa de Arequipa, y como supo que Centeno era escondido y su gente derramada por diversas partes, envió un capitán con veinte arcabuceros en seguimiento de Lope de Mendoza, que supo que iba cerca de allí con siete ó ocho soldados, con los cuales se dió tanta priesa á andar, que en mas de ochenta leguas que le siguieron no le pudieron dar alcance; y así, se